

FILM SELECTIONS



UNA MERKEL, artista de la Fox

AÑO II N.º 35
13 de junio de 1931



Ayuntamiento de Madrid

EN ESTE NÚMERO:

El cine y la moda. — Mujeres bonitas. — ¿Qué es el cine?, por María Luz Morales. — Crónica de los Estados Unidos, por Mary M. Spaulding, etc.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO



Vilma Banky en el papel de protagonista de la película
"La mujer que amamos" de la Metro-Goldwyn-Mayer.

Ayuntamiento de Madrid



Una bellissima artista que figura en la película "Whoopee" de los "Artistas Asociados"



Ayuntamiento de Madrid

FILMS SELECTOS
SUPLEMENTO
ARTISTICO.



FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larraya



REDACCIÓN
Y
ADMINISTRACIÓN
Diputación 219 Tel. 13022
BARCELONA

DELEGACIÓN EN
MADRID: LIBRERÍA
EL HOGAR Y LA MODA
Valverde, 30 y 32



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Colonias
Tres meses...375
Seis meses...750
Un año...15

América y Portugal
Tres meses...475
Seis meses...950
Un año...19



CADA
SÁBADO

NÚMERO SUEITO
30
CÉNTIMOS



DE RE CINEMATOGRAFICA

AUN SOMOS SENTIMENTALES

Al escuchar, días atrás, una de las charlas con que García Sanchiz nos trajo un reportaje completo — con ilustraciones verbales — sobre la vida del cine en Hollywood, oímos algo que nos impresionó profundamente. Algo que, al pasar como inadvertido entre el farrago colorista de anécdotas y noticias, nos dejó en el espíritu un sedimento de tristeza equiparable al que deja el fracaso de un empeño o la desilusión de una esperanza.

Federico García Sanchiz nos dijo..., nos dijo..., y el caso es que nos lo dijo con la misma naturalidad con que cuenta cosas curiosas, como si el hecho no tuviese más trascendencia que la nota pintoresca o anecdótica. Nos dijo... — digámoslo muy bajito, o mejor: escribámoslo muy tenuemente, para que no sea tanta la decepción que sintamos de nuevo al renovar para nosotros mismos la expresión de la dolorosa verdad... —, nos dijo García Sanchiz... que en Norteamérica no consideran el cine como un arte, sino como un negocio... ¡No como un arte, sino como un negocio!... ¡¡Como un negocio!!...

Esto, que para muchos es cosa vieja y dejada de lado por lo muy sabida, también lo era para nosotros. Pero allá en el fondo de nuestro ánimo, en lo más recóndito de la subconsciencia, seguimos creyendo, con el romanticismo que se pone en las cosas que se aman sin poseerlas, que, aunque en Hollywood se hacían las cosas por procedimientos mecánicos y mercantiles, siempre había un atisbo consciente de que también se hacían en honor del séptimo arte.

Y García Sanchiz, sin darse cuenta del mal que nos hacía, ha dado un golpe mortal al romanticismo cinematográfico que aun existía en nosotros. Y nos lo ha dado presentándonos irónicamente el cuadro del portero que niega sistemáticamente la entrada a los estudios a todos los desconocidos; hablándonos de la serie interminable de almacenes en que se guardan ropas, muebles, árboles, vehículos, edificios enteros... para el momento en que los pida un director cualquiera; describiéndonos, en fin, las vulgares dependencias en que unos señores — unos oficinistas — se dedican a escribir diálogos para las películas, pero «standardizados» de tal modo, que unos sólo hacen diálogos de amor, otros diálogos cómicos, los de más allá diálogos dramáticos, y los restantes, diálogos de cualquier clase. Todos trabajan por especialidades, como, por ejemplo, en las fábricas de calzado, un operario se pasa el día poniendo solamente plantillas, otro clavando suelas, otro montando tacones, otro lijando el curtido, y así sucesivamente, sin que ninguno de ellos sea capaz de empezar y terminar por cuenta propia un par de zapatos.

«Las películas se hacen solas». Esto es lo que sabe todo el mundo en Hollywood, desde el productor más encoquetado hasta el extra más insignificante del montón. «Las películas se hacen solas», repetimos, y nos imaginamos al tejedor del siglo xx que, con las manos en los bolsillos, se limita a inspeccio-

nar cómo se delinea mecánicamente en el telar el dibujo que, en otros tiempos, fué el trabajo más lírico y personal del artifice tejedor...

En Hollywood, el trabajar en el cine es un oficio, el producir películas es una industria, y el darlas a conocer del público, un negocio capitalizado. Oficio, industria, negocio... Todo ¡menos arte! Si alguna vez sale arte es por pura casualidad, sin que nadie se dé cuenta de ello, y aun muchas veces constituye una positiva contrariedad el que salga un destello de arte en películas que se hicieron — como en serie — para no interrumpir la regularidad de producción que asegura el éxito mercantil ante una demanda persistente del mercado.

Todo esto — claro está — ya lo sabíamos casi desde que vimos la primera película, pero — repetimos — nuestro sentimentalismo cinematográfico nos impedía tomarlo demasiado en serio. Ya sabíamos que, para el yanqui, el cine no era más que un negocio de muchos dólares, pero también nos resistíamos a creerlo con la exageración mercantilista de que nos hablaban, hasta que el testimonio irrecusable del reportero-charlista nos ha hecho salir de nuestra torre de marfil.

Sin embargo, ¿qué importa que se saquen copias del negativo de celuloide, como el escultor saca imágenes de un mismo molde, si, al fin y al cabo, la copia nos produce la sensación íntima y vibrante de una perfecta obra artística? ¿Qué importa que el yanqui no haya querido hacer arte, si precisamente sabemos que el arte más evado es el que nace espontáneamente, sin que se le haya ido a buscar apostá?

En arte, tiene siempre más valor lo subjetivo que lo objetivo. Seamos, pues, también en el cine subjetivos.

Si el yanqui no ha desechado todavía su quimérica española del traje de luces y la navaja en la liga, nosotros tampoco queremos desear la ilusión de que en Cinelandia se hacen películas por arte. Siga cada uno con lo suyo. Nosotros nos quedamos con nuestro sentimentalismo cinematográfico, al menos hasta que se le desmienta a Bécquer su romántica aseveración de que siempre ¡habrá poesía!

LORENZO CONDE

¡BIENVENIDA!

Recientemente hemos logrado obtener la colaboración de la celebrada escritora Mary M. Spaulding, que es una de las más fuertes intelectualidades de las que dedican al cine sus máximos cuidados, haciéndolo con cariños intensos y profundos conocimientos — que por desgracia no son corrientes — de lo que ha sido, es y puede ser, tanto bajo el punto de vista artístico, como del industrial y del técnico y aun del comercial. La bondad y el cariño a España de esta culta escritora nos han proporcionado la satisfacción de poderla encargar de nuestra correspondencia en los Estados Unidos de América, país en donde — como todos lo saben — tiene un importante desarrollo el SÉPTIMO ARTE. Al dar a nuestros lectores tan grata noticia, queremos expresar a la señora Spaulding nuestro profundo agradecimiento por sus atenciones al aceptar el encargo de representarnos y el de colaborar en esta revista, que desde hoy, en que comenzamos a publicar sus crónicas, la considera como uno de sus más predilectos colaboradores.

El Director, Tomás G. LARRAYA

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, a ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombre, apellidos y dirección de los que las envíen, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieran que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

224. — P. Galguen agradecería le dijieran cómo se llama el artista que en la película *Miguel Strogoff* o *el correo del zar* representa el jefe supremo de los tártaros. Gracias.

225. — Currilo pregunta y desea saber si hay algún amable lector o lectora de esta preciosa y simpática revista, que le diga cuál es el protagonista de *Los cuatro diablos*, Charles Farrell o Charles Morton.

También desea saber en qué año empezó el cine sonoro, en 1927 o en 1928. Y la biografía de su artista predilecta Billie Dove.

226. — Una rubia de ojos azules quedaría altamente agradecida a quien tuviera la amabilidad de indicarle en dónde y cómo podría obtener las canciones que José Mojica canta en la película *El precio de un beso*.

227. — El enemigo de las rubias desea saber las principales películas de Ivor Novello, Bebé Daniels, Suzy Vernon, Imperio Argentina, Louise Lagrange y Carmen Boni.

También agradecería le dijese la edad de Bebé Daniels, así como de dónde es natural.

¿Cuáles son las principales artistas de cine que tienen el cabello rubio?

228. — Dos birrias de diez y seis años desearían saber (si hay algún amable lector o lectora que les contesten) si la película... *Y la princesa se enamora*, de la que es protagonista Charles Farrell, se va a estrenar o si se ha estrenado ya.

229. — Dos caballeros intrépidos desean saber cuál es el argumento de *Río Rita*, y cuáles son las direcciones de Raquel Torres y Dolores del Río, indicándonos a la vez pormenores de las ya indicadas estrellas.

230. — Esmeralda desearía cambiar con algún lector o lectora de FILMS SELECTOS fotografías de artistas de cine. A quien interese este cambio, puede pedir mi dirección al director de esta sección, en cuyo poder está.

N. de la R. — Rogamos a los que deseen correspondencia tengan a bien enviarnos sellos para el franqueo.

231. — A Vilma Banky le gustaría tener correspondencia con Charles. Como supone no será sola en contestarle, le agradecería que en caso de ser la elegida se lo comunicara por medio de esta sección, y de no serlo, tan amigos.

CONTESTACIONES

185. — De Dolores Romero para Daniel G. Durán: Aquí tiene usted a esta simpática lectora que ha visto todas las películas de los artistas que usted dice, y a mi parecer sus mejores películas son las siguientes: Reginald Denny, *El traje de etiqueta*; Laura La Plante, *El sol de medianoche*; Rodolfo Valentino, *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*; Alice Terry, *El prisionero de Zenda*; Iván Petrovich, *A las órdenes de su Alteza*; Billie Dove, *El Pirata Negro*.

Para mi gusto, la actriz más guapa es Billie Dove y la más elegante Corinne Griffith, que también le disputa a Billie el primer puesto entre las bellas, y el hombre más guapo es Nils Asther, creo yo, vamos, y el más elegante Clive Brooks, aunque a mí, sin ser tan bonita como Billie ni tan distinguida como Corinne, me gusta mucho más Greta Garbo, y de ellos, lo mismo, prefiero a Chevalier, sin ser tan guapo ni tan elegante.

Mae Murray se retira del cinema; es una lástima, pues era una gran artista, pero, hijito, el público es quien retira a las artistas en cuanto, como Mae, han pasado de los cuarenta.

La protagonista de *La ley del hampa* es Evelyn Brent, artista de la Paramount.

Siempre me tiene a su disposición. Satisfecho?

186. — Francis Chevalier contesta a Rosa de Otoño: Señorita, lamento grandemente no poderla servir enviando la letra de Loise de *La Canción de París*; en cuanto a la dirección de Bebé Daniels es Radio Pictures Studios, 780, Gower Street, Hollywood (California), y la de Buster Keaton (Pamplinas) es M.-G.-M. Studio Culver City, Hollywood, California.

187. — El Conde Nacho contesta a Daniel G. Durán: La mejor película de Laura La Plante yo creo que es *El Sol de Medianoche*, pero no he visto las de esta temporada.

El artista más elegante de la pantalla Adolphe Menjou, y como artista Jeanette Mc. Donald y Alien Pringle; como bellas en el sentido estricto de la palabra Norma Shearer, Conchita Montenegro, Joan Crawford y el hombre más guapo... Ben Turpin.

Mae Murray no piensa aún en retirarse; en una última interview aun confesó a un periodista que cree que quizás Erich W. Stroheim la escoja para la versión sonora de *La Viuda Alegre*, pero yo creo que la elegida será quizás Fay Wray.

188. — Para Román Madrid: El protagonista de *El Capitán Blood* es J. Warren Kerrigan, hoy retirado del cine.

189. — Para Un admirador de los talkies: La protagonista de *Hombres de hierro* es Phyllis Haver.

190. — Para Una muchacha de ahora: La última película de Charles Rogers es *Rosa de Irlanda* con Nancy Carroll; no sé más amor de Charles que el filial; su deporte favorito el golf, y el nombre de su perro se lo diré seguramente muy pronto.

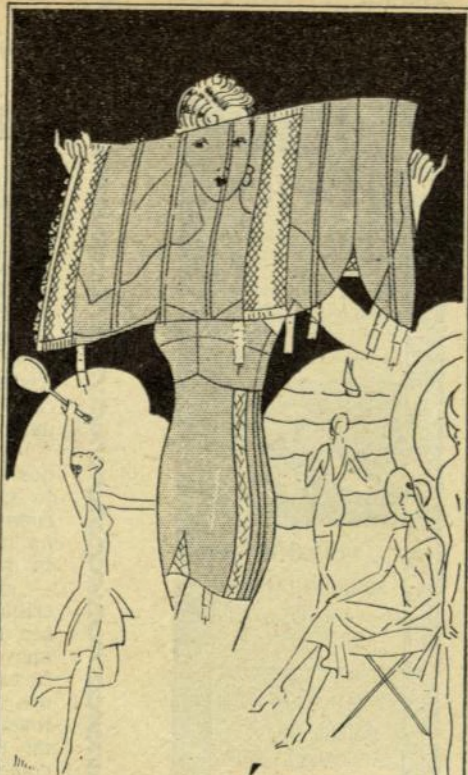
191. — El Caballero pirata: Joan Crawford está casada con Douglas Fairbanks, Jr. con el que vive en perfecta armonía y cada vez más enamorados, y en cuanto a su dirección particular... no vaya a enturbiar con su misiva tan bello ejemplo de amor conyugal.

192. — A Clara Bow dirijase a los estudios Paramount y a Bebé Daniels a los R. K. O.

Contestaciones de Tahoser:

193. — A la demanda número 90: La protagonista de *Sally* es Marilyn Miller. Las direcciones de las artistas que desea saber son: Lois Moran, Fox; Lily Damita, Metro; Laura La Plante, Universal; todos los demás datos están publicados ya en esta revista en números anteriores.

Mary Brian nació el 17 de febrero de 1908, soltera, aunque se dice que está prometida al joven galán de la Paramount, Phillips Holmes.



verano, época de deportes



Bajo los vaporosos trajes de verano el cuerpo adquiere al practicar deportes una gran diversidad de formas, unas armoniosas, otras anti-estéticas.

Para evitar estas últimas es preciso moldear el cuerpo con una faja ligera y cómoda.

Las prendas Extra-Ligeras

Warner's

frescas, suaves y transparentes son las más indicadas para las deportistas elegantes.

Se adaptan tan perfectamente que no las

nota ni siquiera quien las usa. Son lavables y de duración garantida.

Pruébeselas en una de las siguientes casas:

BARCELONA: El Siglo - Corsé Higiénico, Lauria, 49. Corsé Americano, Boquería, 25. - París Corsets, Salmerón, 21 y Pino, 6. - Corsetería Imperio, Fernando, 31. - La Condal, Puerta Ferrisa, 28. Cartagena: Narváez, Mayor, 40. - Castellón: Soriano, Colón, 21. - Gerona: Roig, Hortas, 1. MADRID: El Paraíso, C. San Jerónimo, 4. Málaga: Aguja Oro, Nueva 14. Oviedo: Amparo, Magdalena, 18. - Palma: Lassalle, 5. Nicolás, 29. Sabadell: La Española, B. Iglesia, 3. S. Sebastián: Hernani, 8. Santander: Gallo Oro, Alarazanos, 16. Tarragona: La Moderna, Unión, 5. Tortosa: La Parisiense, Ciudad, 5. Valencia: Corsé París, Pza. M. Benlliure, 1. Zaragoza: Corsetería Real, Coso, 9.

Pida el catálogo ilustrado "Esbellez" que remite GRATIS el Agente General: A. BLOCH Rambla de Cataluña, 11 - Barcelona

¿POR QUÉ

se ha de limitar V. a ver a sus estrellas favoritas sólo en la pantalla, si puede tenerlas fácilmente en casa, en artísticas postales?

20 postales tamaño 18x13 con las principales estrellas del cine... 4 pesetas

Remita el importe por giro postal o solicite el envío contra reembolso a la

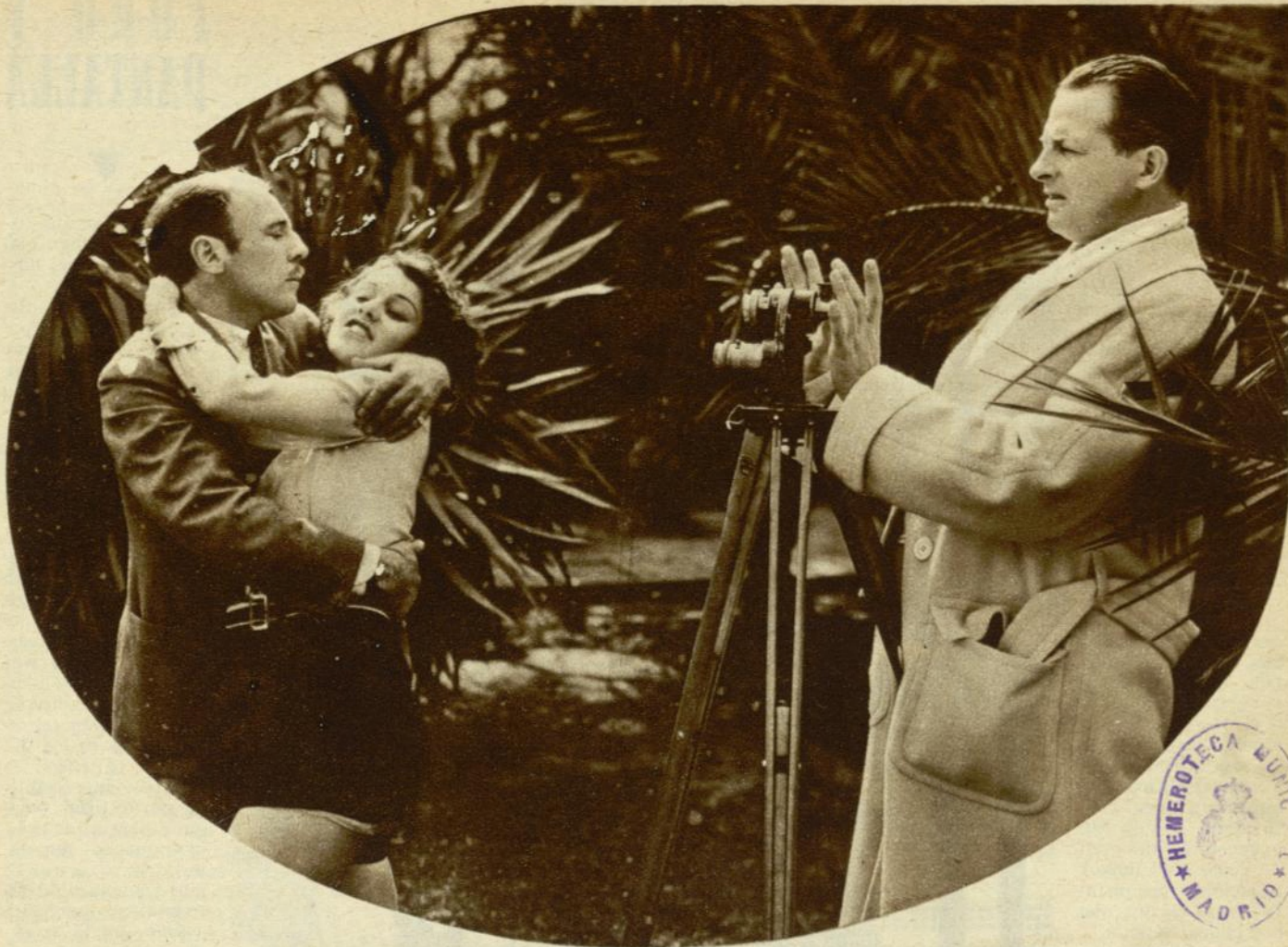
LIBRERÍA DE JUAN PUJALTE
Prim, 5 :: VILLENA :: (Alicante)

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

First National Studios, Burbank, Calif.

Dorothy Mackaill
Bernice Claire
Marilyn Miller
Doris Dawson
Colleen Moore
Billie Dove
Antonio Moreno
Douglas Fairbanks, Jr.

Jack Mulhall
Donald Reed
Alexander Gray
Milton Sills
Corinne Griffith
Alice White
Loretta Young



Reginald Denny manejando el nuevo «Descubridor» que se usa para los ensayos de películas dialogadas en vez de la pesada cámara cinematográfica ordinaria, en los estudios de la Metro Goldwyn Mayer. Roland Young y Lillian Roth tienen a su cargo el resto de la escena.

CULTURA CINEMATOGRAFICA

¿QUÉ ES EL CINE?

y III

HEMOS visto el cine como realizador del ensueño, como materializador de la fantasía — veamos el famoso «sueño de Charlot» —. Y también — veamos el movimiento retardado, los primeros planos — como superador de la realidad. Nos ha sido dado señalar el papel del cine como exaltador de las multitudes, transformados, por obra y gracia del tomavistas, en sujeto principal, en protagonista o héroe de la obra de arte que es, en este caso, la cinta...

Sabemos del cine-aventura y del cine-poesía. Reconocemos en el cinematógrafo una nueva y enteramente original comicidad, y, en fin, sumamos todos estos valores y declaramos que el cine, por su dinamismo, por su amplia y rara naturaleza que a un tiempo capta y reproduce superficialidad y hondura, por su carácter universalista, por su rapidez y su complejidad — las dos características de nuestro tiempo —, es el arte esencialmente moderno, el arte nuestro, el «arte de hoy». Pese a una increíble mayoría de gentes que aun se resisten a admitirlo así, nuestra época está impregnada de «cineismo». Se vive, se respira en el ambiente. Malo o bueno, feo o bonito, maduro o embrionario, de acuerdo o no con nuestro gusto, con nuestra sensibilidad, con nuestras dilecciones estéticas, suprimir desdeñosamente de nuestro panorama, de nuestra vida, este factor de la vida actual, presupone — como todo acto de desdén — una imperdonable automutilación.

(Y aun hallamos otro color en el cine. El nos transforma, de espectadores que somos, ante cualquier otro espectáculo, en actores, en protagonistas, en héroes de lo que sucede en el lienzo. El lugar del espectador es el que antes ocupó la cámara tomavistas; el lienzo da a nuestros ojos la imagen

que vió y retuvo el ojo gigante de la cámara... Y la cámara sí que es la verdadera heroína de la cinta. Así, en la carrera de cuadrigas de «Ben-Hur», por ejemplo, no nos limitamos «a ver» la carrera, sino que la realizamos y nos arrastra y envuelve en su vértigo. Así, cuando la cámara quiere, nos sacude y arrastra la violencia de su impetuoso oleaje, o nos remonta el victorioso pájaro mecánico a través de los espacios...)

PERO, ¿qué es el cine? Tal vez — en estas sorprendentes cuestiones cinematográficas no podremos prescindir del vago «tal vez» nunca —. «Tal vez» — repetamos — el verdadero significado del cine es el de arte esencialmente democrático. Arte socialista, en el mejor y más noble y más amplio sentido del vocablo. Arte de cooperación, mejor, que es, acaso, una reacción contra el exceso de individualismo en el arte. Como las antiguas catedrales, el cine es una magnífica suma de esfuerzos anónimos. El artista que coopera al cine, al buen cine — el film ruso es, en este aspecto, el «mejor» cine —, debe fundir, evadir su personalidad en el conjunto de la obra. En realidad, el cine no lo hace el director, ni el actor, ni el técnico, ni el fotógrafo, ni el argumentista, sino que, para que el cine sea, para que el cine exista, precisa la unión estrecha y armoniosa de todos estos factores.

He aquí por qué el gran Marcel L'Herbier, levantando un rastro de inacabables protestas, ha llamado al cine «forma industrial del arte». Y, en verdad, que esas protestas han ido más contra la idea nueva que contra la frase agresiva. En nuestro tiempo, en que el maquinismo alcanza un valor estético, arte e industria bien pueden ir juntos sin desdoro de uno ni de otra. Y de su unión y de la obra que crea la multitud, es lógico que surja el arte que deleite — en todo el ancho mundo — a las multitudes.

Maria Luz Morales

FILMS SELECTOS

por MARY M. SPAULDING

HOLLYWOOD es una bella farsa!... Pero, ¿qué digo? ¿Hollywood? No. La vida misma es la más deliciosa de las mentiras. Hollywood, la Meca dorada, el puerto ansiado donde tantas ilusiones naufragan, y tantos barcos anclan en busca del oro y de la fama, no es sino un aspecto, un átomo de la vida misma. Un pedazo de la gran mentira universal.

Lo que pasa es que, como todos hemos enfocado nuestros ojos en aquel pedacito donde ocurren los milagros, donde la astronomía ha encontrado una rival, y donde la burguesía más crasa viste ropaje de púrpura, es allí donde vemos con mayor intensidad esa mentira rosa y oro que embellece la vida.

Por ejemplo: tenemos el caso de la más juvenil y bella artista de cine. La muchachita que ha sido llamada de los más recónditos puntos de la tierra «La novia ideal»: Lillian Roth.

Lillian, llevada de la mano por su excelente madre, que vió grandes posibilidades en aquel par de hogueros de las mejillas y en los ojos rientes, maliciosos y, paradójicamente, cándidos, de la pequeña, al foro para aparecer en vaudeville, comenzó la carrera del arte escénico sin haber siquiera «escogido» la carrera. Lo mismo hubiera sido que la autora de sus días le hubiera puesto una paleta y pinceles en las manos: Lillian se hubiera afanado por pintar. Pero comenzó por trazar arabescos en las tablas, frente a un auditorio ávido de «carne fresca y joven», y en pocos años Lillian era una atracción neoyorkina. Sus bailes tenían (y tienen) un sublime encanto: el de la agilidad, patrimonio de la juventud; no hay clasicismo, hay elasticidad, locura, himno a la Vida que ríe frente a los ojos «paradójicos» de la Novia lejana...

Y mientras sus danzas de rara epilepsia arrebatan al público congestionado de la ciudad de los rascacielos, los «buscadores de talento» de los estudios cinematográficos, recorrian los teatros para adquirir material fresco que llevar al

Hollywood aladinesco. Estos «buscadores» son como piratas. Y los piratas se llevaron a Lillian, la eterna risa juvenil, al laboratorio donde sería convertida en «actriz de cine»...

Lillian, canzonetista, danzarina original, linda y sin afectación, triunfó a los primeros pasos que dió por la pantalla. Triunfó por ella, por su ductilidad enorme, por su despreocupación, por su falta de «pose». Lillian apareció, primero, en pequeñas películas de corto metraje. Asuntos insignificantes donde la única cosa que establecía un nexo entre el público y lo que ocurría en la pantalla, era la personalidad dinámica y atrayente de aquella muchacha triunfal... Después, Paramount, que como casa productora, conoce cuándo tiene un buen «cebo de taquilla», vió las enormes posibilidades que tenía con la chiquilla. Y Lillian apareció en un «role» si no estelar, por lo menos de cierta importancia, en la gran película «El Desfile del Amor», donde Chevalier y

edad, no había tenido tiempo de «sofisticarse» y aprender los miles vericuetos y complicaciones del amor, conoció a un muchacho que tenía, como ella, la sonrisa ingenua y el corazón virgen. Y el par de muchachos creyó que aquello era amor.

En el pequeño carro de Herb Oshin, su joven prometido, las dos juventudes hicieron todos los castillos en el aire permitidos a los que saben soñar. Las manos juntas; las cabezas más juntas aún; bañados en la luz tropical de California; los cabellos revueltos por la brisa; las bocas rientes, y de vez en cuando los labios unidos sin dolorosas complicaciones de pasión, porque era el amor sencillo que cantaba su himno triunfal, vivían su bello romance.

PERO Lillian fué arrancada de Hollywood. Había que presentarse en los teatros de Nueva York para «animar» al público... Algunos decían que a la compañía no le convenía que los jóve-



Lillian Roth, en su casa, con la celebrada escritora Mary M. Spaulding, nuestra corresponsal en los Estados Unidos. Nótese la sonrisa de felicidad en la bella faz de Lillian. ¡Y luego dicen que el dolor mata!...

la Mac Donald lucieron sus habilidades histriónicas hasta decir basta...

Lillian, no obstante, casi se «roba» la película. Al oído me contaron que muchas escenas habían sido cortadas despiadadamente en los laboratorios, para que Lillian no se fuera con toda la gloria... Pero de todos modos, y pese a las figuras principales del elenco, la muchachita de los pies inquietos y el cuerpecito de serpiente moderna, triunfó. Y fué nombrada «La novia ideal». Lillian representaba para los públicos lejanos, la ilusión inaccesible, la novia primaveral que huele a jacintos, la quimera remota, más bella cuanto más inalcanzable. La romántica noviecita soñada en la escuela, y llevada corazón adentro aun en los graves corazones de los viejos, que sonríen a solas, saboreando la única cosa que no tienen que compartir con la mujer y los demás tiranos de la familia: sus recuerdos de las mocedades... Pero en Hollywood, Lillian, que pese a su carrera en el teatro desde tan tierna

nes se casaran y que cualquier día acabarían por querer hacer realidad el sueño lindo que vivían. Naturalmente, una niña que se convierte en «novia» de todo el mundo, perjudica muchísimo, casándose, a la compañía donde trabaja. Es un poquito de amargura que pone en los corazones de los que la contemplaban libre y egoístamente decían: «Ni mía ni de otros»... Cuestión de psicología...

Oshin, el joven de veintitrés años, cuya sonrisa había inspirado el delicioso amor de Lillian, la siguió. Pero ¡designios misteriosos de un destino cruel e ignoto! aquella llegada a Nueva York señaló el primer dolor hondo en la vida de la joven artista.

UNA noche, mientras esperaba la llegada de Lillian, a quien me uniera cordial amistad en Hollywood, oía la murmuración de algunos vecinos de luneta:

«No va a aparecer. He oído decir que el novio se está muriendo y que ella está desesperada al lado de su lecho...»

Pocos momentos después la cortina de damasco se levantó pesada: como si fuera una enorme mortaja. Lillian, palidísima, casi cadavérica, hacia su genuflexión. Efectivamente, alguna enorme tragedia se cernía sobre aquella cabecita bruna que irradiaba juventud. ¡El dolor de Lillian no podía ser invisible, por lo menos a mis ojos, buscadores de emociones más allá de la máscara maquillada del artista!...

Pero la función tenía que seguir. Los programas estaban hechos. Era la eterna farsa, la eterna vida del payaso. «¡Ríe, payaso, ríe!» Arlequín no tiene el derecho de esconder su dolor bajo una penumbra discreta de alcoba: el público espera para reír, reír... ¡Y Lillian apareció para no defraudar a su público; a esta masa de gentes que no sabe de las artistas sino la novela contada de oropeles y extravagancias; que las imagina siempre envueltas en ropajes costosos, en candilejas que bañan de luz, falsas pompas y baratijas lantejuelas..., mundo irreal que contempla desde su butaca, el público paga para gozar de la función y ésta tiene que seguir!

¿Que el corazón sangre y que las lágrimas pugnen por bañar el rostro descomponiendo y transformando en mueca la risa?... ¡Qué importa! ¡De esto el público no se enterará jamás!...

Lillian bailó... Hizo guiños a los calvos de primera fila..., arrojó flores y sonrisas, avivó las lámparas misteriosas de los deseos... y cuando cantó la canción que la hizo célebre en «El Rey Vagabundo», donde, por ironías del Destino, aprendió a sollozar estrechada al cada-



Pocas artistas cinematográficas tienen tanta simpatía y seducción como Lillian Roth.

ver de un hombre amado: «¡Yo le amaba tanto...!», su voz se quebró en un enorme sollozo que electrizó al público y le hizo aplaudir delirantemente... La cortina se bajó. Los aplausos se repitieron, pero Lillian no salió. Yo corrí detrás de bastidores y, desmayada de dolor, la cabecita bruna sollozaba, repitiendo: «¡Yo le amaba tanto...!» Herb Oshin acababa de morir y la noticia había llegado a Lillian Roth!

PERO, ¿caso no comencé diciendo que todo en la vida es una farsa?... ¿Que en el teatro y fuera del teatro estamos representando siempre una comedia o un drama?...

Cuatro semanas después de aquel dolor que arrancara de mis labios las más sinceras frases de consuelo, me quedé estupefacta al leer una noticia en un diario y ver dos fotografías en la primera página: Lillian Roth se acababa de casar. Había salido con su acto de vaudeville dos semanas después de «su tragedia» a Kansas, un Estado de este país extraordinario, y allí conoció al joven aviador que ahora era su «amo legal»...

¿QUIÉN dijo, pues, que se muere de pena?... Yo confundí con llamadas a todas las empresas de teatros. Hasta que obtuve la dirección de Lillian. Y me encaminé, casi escéptica, y con la in-

bla del olvido, mientras que otro nos acerca a los años pasados y nos pone delante viejos recuerdos que creíamos ya apolillados por el tiempo!...

Mientras tanto, que triunfe la juventud. Que Lillian continúe alegrando unas cuantas horas de su vida con el amor de su William, y que siga llevando un poco de perfume y de idealismo a muchos desconocidos que la contemplan desde su butaca... ¡Que aparezca en la pantalla luminosa con los ojos ingenuos y maliciosos, como la más adorable de las paradojas, y que ilumine la vida, hartamente sombría ya!...

MARY M. SPAULDING



discreción de todo periodista consciente de sus «deberes», hacia el nido de la «Novia Ideal».

¡Oh, las mujeres, las mujeres!... Razón tienen a veces los hombres en decir que están «escamados». ¡Cualquiera nos entiende! Para sorpresa mía allí estaba Lillian, más bella que nunca, las mejillas arreboladas de felicidad; habían florecido de nuevo las rosas de la dicha. En sus ojos rientes los destellos del contentamiento herían... ¡Y un joven alto, guapísimo, ¡muy guapo!, contemplándola con ojos de adoración, completaba el cuadro!...

Efectivamente, Lillian llegó a Kansas con el fardo de su desilusión y de su enorme tragedia. Pero conoció al aviador... (el uniforme sienta bien) y, además, ¿acaso no es sino un sofisma ridículo eso de «amar una sola vez» en la vida?... Una semana completó el romance. Se conocieron y se casaron en seguida. El aviador William C. Scott, no puede ocultar su enorme ventura. Lillian

está tan curada de la pena «aquella», que me llamó al cuarto y muy bajito, rozándose los oídos con la boca riente, me dijo:

—No se le ocurra hablar de «aquello», Mary; porque, ya ve, somos tan felices, que sería una lástima echarlo a perder con reminiscencias pretéritas... —

¡Ay, humanidad!... ¡Cómo somos de egoístas!... ¡Qué lata resultan, en algunos casos, los difuntos!...

Lillian es feliz y no quiere que le enturbien su dicha. ¿Por qué no? Es parte de la farsa. Y es derecho de su juventud plástica y ardiente. ¿Que fué muy poco el tiempo que lloró la pérdida de Oshin?... Bueno, el tiempo, después de todo, no se mide sino de acuerdo con nuestras exigencias. ¡Un acontecimiento súbito es capaz de hacer que el ayer se desvanezca en la nie-



¿MI PRIMER AMOR?

Confidencias de ANITA PAGE

Soy aún un poco romántica. Excuso decirles la cantidad de romanticismo que había en mí cuando era una jovencita con la cabeza llena de ilusiones y que solo conocía el amor a través de las novelas.

Asistía en aquellos tiempos — no van ustedes a creer que muy lejanos — a una academia para señoritas, una de esas grandes academias cuyo cuadro de profesores está formado por eminencias y en las que tantas cosas inútiles se aprenden... o se dejan de aprender.

¿De dónde iba yo a imaginarme entonces que llegaría a ser una de las principales estrellas — perdonen la inmodestia — de la constelación cinematográfica?

El profesor de Historia era un hombre que me impresionó desde que le vi por primera vez. ¿Por qué? ¡Oh, eran tantos los atractivos que reunía para una jovencita ingenua y romántica como era yo en aquel entonces!

Me parece estar viéndolo. Era un hombre que oscilaba entre los treinta y cinco y los cuarenta años. Alto. Siempre muy pulcro y elegante. Tenía los ojos oscuros, y la plata que comenzaba a apuntar en sus aladares, formaba con ellos armónico contraste. Pero el principal encanto de aquel hombre era su palabra. Hablaba con una elocuencia maravillosa y en un tono dulce, arrullador, que convertía en poemas las lecciones de Historia.

No aprendí una palabra de esta asignatura, pero demostraba tenerle tal atención, que era el asombro de mis compañeras. Así como las demás clases me parecía que duraban un siglo, esta la encontraba siempre corta. Mis compañeras estaban hartas de oírme exclamar: «Pero, ¿ya ha pasado una hora?»

No apartaba un momento la vista del profesor y él, creyendo que esta fijeza obedecía a mi interés por la asignatura, y muy orgulloso de tener una alumna tan aplicada, parecía que me contaba sólo a mí todo lo que había ocurrido en Roma hacia miles de años, las tribulaciones de los fenicios para establecer colonias en el Mediterráneo, y demás hechos históricos importantes.

Llegué a sentirme verdaderamente obsesionada por aquel hombre. No se apartaba un instante de mi pensamiento, e incluso soñé con él varias veces.

Hacia todo lo posible por encontrarme «casualmente» con él a la salida de la academia, y unas veces ocurría el encuentro en la misma puerta del aula y otras en el autobús que nos conducía, a mí a mi casa y a él a otros centros docentes.

Siempre tenía alguna pregunta importante que hacerle sobre Pericles y demás miembros de la familia histórica, y él no se cansaba de darme detalles sobre aquellas vidas que yo olvidaba inmediatamente, pues lo único que quedaba indeleblemente grabado en mi pensamiento era el tono envolvente y persuasivo de sus palabras, la blancura de sus dientes correctos, el brillo de sus ojos oscuros que se animaban extraordinariamente al hablar.

Pero un día, de súbito, quedó roto el encanto. Cuando entró en el aula y yo, como de costumbre, le sa-

(Continúa en la página 24)





ELISA LANDI
de la Fox.

La eminente artista
española, EL VIRA
MORLA en una es-
cena de la película
M. G. M. Estrella
Negra.



Ayuntamiento de Madrid



CRÓNICA DE PARÍS

UNA ENTREVISTA INTERESANTE

KITTY LORENZ

LA BAILARINA QUE SUPO TENER CORAZÓN

Kitty Lorenz es una figura de gran relieve en el mundo artístico de París. Actúa como primera bailarina en el «Casino de París».

Hace años que llegó a la capital de Francia huyendo de la revolución roja. El arte en Rusia decaía. En los grandes coliseos de Moscu y Leningrado, parpadeaban las luces en nostálgico ritmo de despedidas. Todas las grandes artistas, huían del territorio en emigración forzada. Fronteras; otros valles floridos; otros corazones anhelantes en espera de sensaciones nuevas.

Kitty Lorenz es alemana. Corrió toda Europa con la bandera desplegada de un buen arte.

En Viena primero, más tarde en Moscu, se detuvo. Los públicos de estas dos grandes capitales, sintieron la necesidad de retenerla en sus escenarios deslumbrantes.

—¿Siente usted la necesidad de ac-

tuar en el cinema para percibir emociones desconocidas?—

Kitty Lorenz, ante mí, en su camerino; aislados de las risas y estridencias de las «girls» y muchachitas parisienses que forman los grandes conjuntos de revista.

Sus bellos ojos acariciadores se fijan en los míos, apagados y tristes por la ausencia del hogar, en la melancolía de los viajes; infatigable buscador de sensaciones gráficas.

—Amo mucho el teatro — me responde Kitty —; pero también adoro el cinematógrafo. Sin duda alguna el cinema tiene en el arte nuevo una personalidad. Pero el séptimo arte se halla carente de buenos directores que sepan llevar a los artistas en la filmación. Dígame usted, ¿qué film hemos visto esta temporada en París que se destaque como notable?—

Ante mi silencio continúa:

—Prescindamos de la comedia musical. Una cinta del tipo de «Ben-Hur», «Rey de reyes»...

—¿No siente, entonces, simpatía por el film sonoro?

—Si se dieran producciones como «El desfile del amor», sí. Pero en esas comedias musicales hechas por serie, no me satisface tal innovación.

—¿Entonces es usted partidaria decidida del cinema mudo?

—Exacto, señor. Yo creo que es el que realmente me hace sentir y hasta soñar con alguna nueva ilusión. Las películas sonoras y parlantes están bien para los trasatlánticos. Si huyendo del ruido de las calles nos metemos en un cinematógrafo, lo que deseamos es silencio, meditación...

—¿No cree que también ello es debido a la pobreza de argumentos y ausencia de «exteriores»?

—El público desea ver campos, paisajes, ciudades. Los interiores están bien para el teatro. De esto mismo he hablado yo con el director general de los estudios «Ufa», de Berlín. Además, el artista de teatro fracasa en el cinematógrafo. Evolucionan como un pez dentro de una pecera.

Kitty Lorenz me muestra varios libros referentes al séptimo arte con acotaciones de importancia.

—Es un libro ruso — me dice — que define perfectamente el cinema de hoy. Un tomo del año 29, por George Kouprine. ¡Qué! ¿Le extraña a usted que una mujer le hable así? Yo tampoco estas consideraciones se las hago al primero que llama a la puerta de mi camerino. ¿Me comprende?

—Muchas gracias. Precisamente en nuestra revista se acogen todas las ideas y opiniones. En toda manifestación vemos nosotros una enseñanza, una orientación. ¿Qué artistas admira usted, Kitty?

—Greta Garbo, Charles Chaplin y Jeanette Mac Donald. En cuanto a producciones, silenciamos.

—¿Qué momentos alegres ha tenido en su carrera artística?

—«¡Oh, my dear!» Alegres, muchos porque a un artista se le satisface con un aplauso. Momentos tristes, he tenido muchos también. Pero al hablar de ellos, que fueron principalmente en Rusia, haría revivir recuerdos dormidos, despertáramos una emoción peligrosa de crudo realismo. Aquí he sentido varias veces a mi mesa a un vendedor de periódicos. «Ayer» este señor era ministro de la Guerra en la corte del Zar. Fué uno de mis admiradores más rendidos.

Suenan los timbres llamando a escena, Kitty me dice:

—En prueba de lo que quiero a España le voy a dedicar una fotografía grande. ¿Cómo se llama su periódico?

—FILMS SELECTOS.

Escribe la artista sobre el retrato. Yo curioseé en el cuarto chiquitito de vestirse, tan lleno de sugerencias. En todo hay un detalle que revela el temperamento dinámico de Kitty Lorenz.

Más tarde, al poner en limpio mis notas, pensaba en esta buena artista del «Casino de París», Kitty Lorenz; también recordaba la evocación de aquel vendedor de periódicos que fué ministro un «ayer» lejano, y hoy ha compartido las alegrías y tristezas de la bailarina que supo tener corazón.

LUIS SÁINZ DE MORALES
París, mayo.



EL CINE Y

Bello y riquísimo vestido de soirée
presentado por la hermosísima artis-
ta de la M.-G.-M., Thelma Todd.

LA MODA

Ayuntamiento de Madrid



Movida y emotiva escena de la partida de la tropa para el frente en la película "Marruecos", de la que son protagonistas Marlene Dietrich, Gary Cooper y Adolfo Menjou.

MUJERES BONITAS

Exquisita fotografía de Edwina Booth artista de la M.-G.-M. y perfecta heroína de la película «Trader Horn».



A SU PASO POR MADRID,

PABLO ÁLVAREZ RUBIO

HABLA PARA LOS
LECTORES DE
FILMS SELECTOS

No sé si cuando este artículo se publique se habrá estrenado ya en Barcelona la película «Drácula». Creo que sí. Pero, por si acaso, no estará de más decir que en ella se presenta al público hispano un compatriota, Pablo Álvarez Rubio, y consigue, con su interpretación sorprendente de un pobre loco, escalar uno de los más altos puestos entre los artistas de habla castellana.

En Madrid sí que se ha estrenado ya «Drácula», y por eso la figura de Álvarez Rubio es suficientemente conocida. Nosotros queremos presentar hoy a los lectores de FILMS SELECTOS, a este muchacho eminentemente franco y simpático, que ha llegado de Hollywood, para dos cosas: principalmente, para unirse por siempre con la novia que quedó aquí esperando cuando él partió en busca de la gloria de la pantalla, y para dar realce a las presentaciones de «Drácula», con la presencia personal de su intérprete más calificado.

Lo primero lo realizó a los pocos días de llegar a Madrid, y, por tanto, ha ingresado en la respetable cofradía de los casados, en la cual quiera Dios que nos espere muchos años.

En cuanto a lo segundo, ha empezado también a cumplir su cometido, asistiendo a las «premières» de «Drácula» en los cines Argüelles y Europa, y dando al final de la proyección sendas charlas cinematográficas, relacionadas con Hollywood, y recitando bellas composiciones poéticas, que el público premia con entusiasmas y justos aplausos.

Álvarez Rubio va ahora a Valencia, y de aquí irá a Barcelona, terminando en esta ciudad la «tourné» para la que la «Universal» le hizo venir expresamente de Hollywood.

Yo he cometido la insensatez de sacar a Pablo Álvarez Rubio de su casa, a los dos días de contraer matrimonio y llevármelo a dar un paseo por el Retiro, con objeto de que me dijera algo para nuestros lectores.

Un «taxi» nos ha dejado en el Paseo de Coches, y allí, junto a las flores de la Rosaleda, Rubio ha ido desgranando sus palabras.

—¡Hollywood!... ¡Maravilloso Hollywood! Crea que ardo en deseos de volver por allí. A otros les parece una ciudad fría e inhospitalaria. A mí me ocurre todo lo contrario. Será porque he tenido suerte o porque soy más optimista que los demás. Pero el caso es que Hollywood me parece una ciudad encantadora... ¡Y qué chicas! ¡Si usted viera qué amables, qué simpáticas, qué...

—...guapas!

—Eso es. Allí están las mujeres más bonitas de la tierra. Las de los estudios son divinas. Las de fuera de los estudios, lo mismo. ¡Hay cada camarerita de restaurante y cada acomodadora de teatro!...

—¡Pero, Rubio, que se ha casado usted hace dos días!

—No tiene que ver. La verdad ante todo. Pero... de esto ni una palabra en el periódico. Queda entre nosotros, ¿eh?

—Entendido. ¿Cuánto tiempo va a estar entre nosotros?

—Tengo por delante algo más de dos meses antes de volver a la «Universal». Pero creo que no los pasaré aquí, sino en París. En Joinville...

—Allí están los estudios «Paramount».

—A los cuales va a ir a filmar este seguro servidor de usted, si la «Universal» no lo impide, que no lo impedirá, ya que a ella no le perjudica que yo aproveche este contrato que me ofrecen, porque la temporada cinematográfica está terminando y, por consiguiente, ya no tengo que seguir mi «tourné» con «Drácula».

—¿Ha hecho usted alguna otra cinta?

—Sí; antes hice «Los que danzan», con María Alba, que todavía no se ha estrenado. Tengo ganas de que la vean porque mi trabajo en ella es completamente distinto.

—Y ahora, ¿en qué películas va a tomar parte?

—A punto fijo, no lo sé. Creo que me quieren dar a interpretar varias obras famosas de nuestro teatro, entre ellas «Tierra baja» y «Juan José»; pero, en definitiva, no sé cuál será mi próxima producción... Por otra parte, Lupe Vélez me ha llamado con insistencia, para que regrese cuanto antes, pues quiere darme el primer papel masculino de su próxima cinta en español.

—Lo veo a usted convertido en un gran «as» de la pantalla.

—¡Ojalá! Por lo menos estoy haciendo todo lo posible.

—¿Se ha despedido para siempre del teatro?

—Mientras siga haciendo películas, no tengo tiempo para otra cosa. Además...

—¿Qué?

—Que los yanquis tienen una manera de explicarse, ¿usted comprende?

—Sí, señor; quien paga, manda.

—Ahí le duele. —

RAFAEL MARTÍNEZ GANDÍA

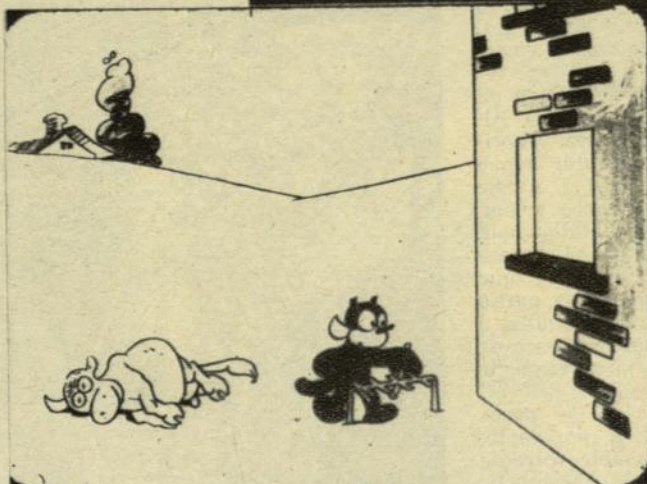
LOS "CARTOONS"

EL HUMORISMO EN EL CINE

DESDE los albores de nuestra era, las literaturas de todas las épocas han producido, como contraste, una creciente tendencia, que a través de mil vicisitudes se ha constituido en un difícilísimo arte: el humorismo. La sátira y la ironía han ido emparejadas con las primitivas letras y han creado considerables joyas literarias.

En el siglo x a. de J. C., en la India, Vichnú-Sarma ya cultivó el apólogo con desusada brillantez, atribuyéndose el «Pantschatantra», obra refundida luego en el «Hipodatesa», que es una colección de apólogos cuyos personajes son los más varios animales, en boca de los cuales se ponen las famosas fábulas, que, extendidas por Europa durante la Edad Media, llegaron a popularizarse tanto que han trascendido hasta nuestros días, como lo prueba la muy conocida de «La lechera», cuyo origen allí se remonta.

En el año 120 de nuestra era, Luciano de Samosata fué el «primer humorista» que se burló con gracia e ironía incomparables de las preocupaciones de su época en los «Diálogos de los muertos», así como en otros dirigidos contra la mitología y los filósofos; la «Historia verdadera», novela cómica-satírica, «El elogio de la mosca» y, en suma, todas sus obras son deliciosos alardes de un risueño y sano excepticismo que lo han señalado como el verdadero fundador del humorismo. En el siglo xv nos ofrece la sátira



política, generalmente anónima, el nombre de Juan de Mena, y las violentísimas «Coplas del provincial», serie groserísima de insultos dirigidos a los hombres más ilustres de la Castilla del reinado de Enrique IV... En el siglo de oro, la novela picaresca de don Francisco de Quevedo Villegas, considerado uno de

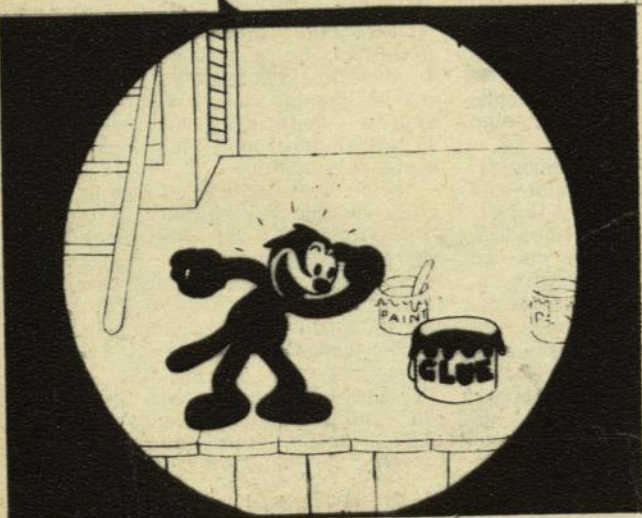
los más grandes humoristas del mundo, derrocha ingenio en «El sueño de las calaveras», graciosa burla del juicio final, «Las zahurdas de Plutón», parodia grotesca de la obra «La Divina Comedia», de Dante. El xviii nos da el continuador e imitador de Quevedo, Diego de Torres Villarroel... Y hasta hoy una lista larguísima de nombres célebres, de hombres que en todos los pueblos de todos los siglos han sentido la inquietud del humorismo, que ha llegado a ser en nuestros días una verdadera preocupación artística.

El séptimo arte no podía permanecer insensible a esta preocupación. El cine, en sus innumerables recursos y amplios medios de

expresión, puede realizar magníficas concepciones que eleven el humor a las más altas jerarquías artísticas, divulgándolo de tal modo que deje de ser un casi exclusivo patrimonio de la «élite» literaria. El cine dispone hoy de los «cartoons» o películas cómicas de dibujos animados, y con gran facilidad puede vulgarizar entre el gran público, amante de lo cómico y fantástico, esa gran tendencia humorística que invade la literatura y pintura modernas.



Los «cartoons», maravilloso mundo de fantasía accesible a toda clase de espectadores, en las prodigiosas hazañas de sus grotescos y deliciosos héroes, son los promotores del humorismo en el cinematógrafo.





Las concepciones fantásticas de los mejores dibujantes yanquis, ingleses y rusos han elevado a los gatos Periquito y Félix, al ratoncito Mickey, Kratzy-Kat, al conejito Blas, las troupes de animales (Silly - Symphonies) y las cosas animadas, a la primera de las categorías del cine por su formidable valor artístico y su genial calidad humorística. Lo que comenzó siendo un agradable entretenimiento para niños, atrae ahora la atención de las personas dotadas de fina sensibilidad y gustos delicados. En el cine silente ya constituían estas películas un aliciente en el programa, y el advenimiento del cine sonoro ha acentuado y subrayado esa cualidad. A la gracia plástica del dibujo caricaturesco se une el irresistible efecto cómico que producen ciertos ruidos grotescos, la parodia de músicas conocidas y populares y la interpretación también caricaturesca de toda clase de sonidos.

La colaboración de los grandes dibujantes y expertos adaptadores musicales pueden crear obras maestras y abrir nuevos horizontes al cinematógrafo. Los dibujos animados sonoros son una revelación. Su elemento antinaturalista les brinda situaciones de una novedad y una gracia superiores a toda ponderación, no sólo por el ingenio de la farsa y sus elementos interpretativos, sino también por el perfil burlesco del dibujo. La danza ocupa un lugar preeminente en estas realizaciones; la música y el gesto se solicitan mutuamente y el «cartoons» es el medio de marcar con el gesto una melodía y una forma para musicalizar el gesto.



Y he aquí que, cuando las celebridades del cine silente, en el film cómico — Charlot, Pamplinas, Harry Langdon, Harold, Hardy y Laurel... —, ya cantaban victoria des-

de el pináculo de su gloria habiendo llegado a la exaltación de lo grotesco y a la más estilizada hilaridad de la mímica, la revolución del sonido, ofreciendo su ilimitada protección a los «cartoons», les ha abierto un abismo infranqueable en el trillado sendero de su popularidad.

Excepto Chaplin, que sigue fiel a la tradición, los demás astros del cine cómico han creído hallar su tabla de salvación en el diálogo imperfecto, matizado de acento inglés, grotesco y cómico de por sí, por gracia de la novedad, pero que no podía sostenerles de no hallar nuevos trucos y recursos para competir airoosamente con ese «dumping» irresistible de los «cartoons» que cada día obtienen éxitos más francos y por los cuales el público empieza a apasionarse.

Los dibujos animados han oscurecido la gloria vacilante de los ases de la risa, asaltando el mercado de los films

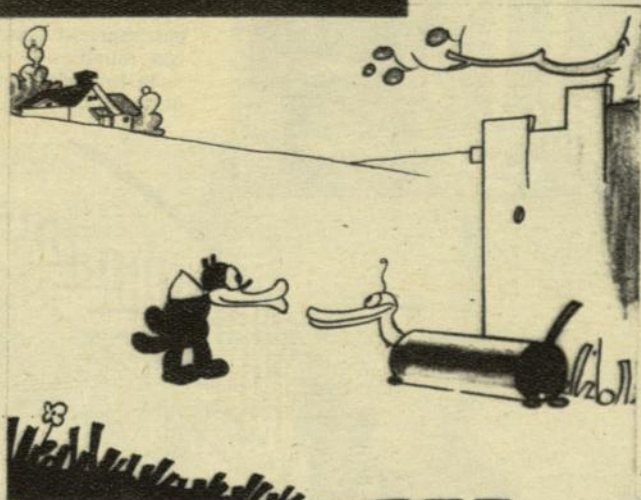
cómicos y, de no reaccionar vigorosamente, quizás no puedan recobrar el favor perdido y se vean obligados a ceder sus puestos a toda esa fauna gesticulante y bufa de los dibujos animados que son, abiertamente, hoy por hoy, un pavoroso peligro.

Así como el arte cambia con la época y los artistas reflejan la época en que viven, en el cine, el humorismo vibra y se agita en las películas de dibujos animados.

La hilaridad brota de la punta del lápiz de un dibujante y la batuta de un músico.

Una luz roja de peligro se ha encendido en el camino de los actores cómicos. ¡Atención!..

J. VILLARROEL





Salga de la cocina

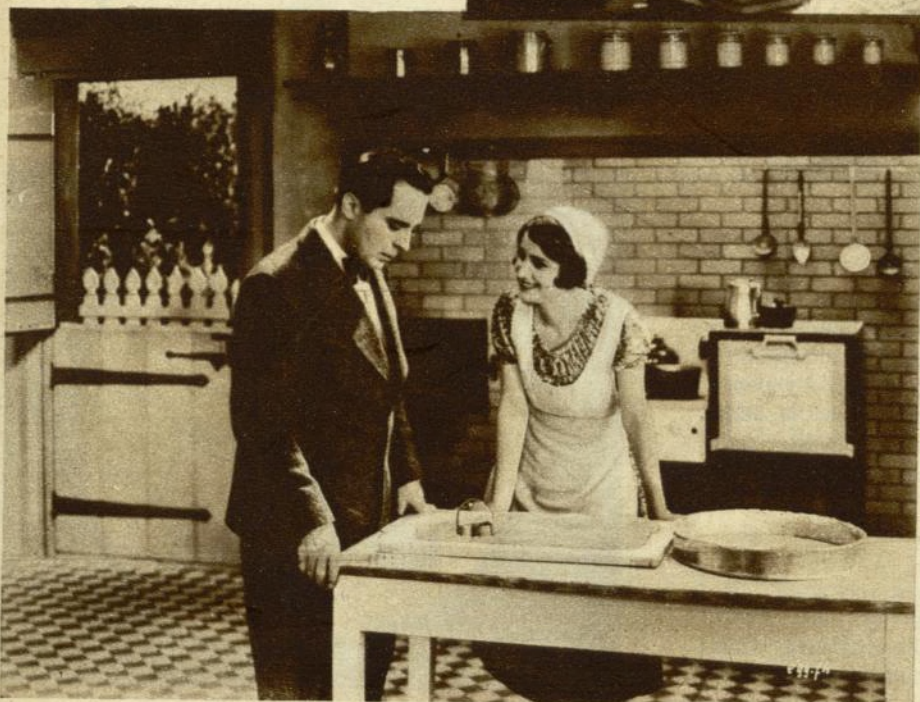
Película Paramount hablada en español
y representada bajo el siguiente

REPARTO

Carlos, Roberto Rey; Alicia, Amparo Miguel Angel; Burnstein, Miguel Lige-ro; señora Falkner, Carmen Jiménez; Rosario, Enriqueta Soler; Fernando, José Goula; Mayme, Paloma Luján; Dora, María Luisa Fernández; Weeks, Luis Llorens Vidal.

SINTESIS DEL ARGUMENTO

Poco podía sospechar la apergamina, pretenciosa y rica viuda neoyorquina señora Falkner al alquilar la magnífica casa solariega de los linajudos Dangerfield, situada en Virginia, para pasar una temporada, buscando el reposo y belleza del campo, que en ella,



más que tranquilidad y sosiego, sufriría toda clase de aventuras y sobresaltos, que variarían el curso de su vida, produciendo radicales cambios en su familia.

Los propietarios de la casa, situada en uno de los parajes más pintorescos de los Estados Unidos, hallábanse en graves apuros pecuniarios, cuando se les presentó la inesperada y cien veces bendecida ocasión de alquilarla. Familia de rancio abolengo y de grandes caudales, habían visto mermar éstos de manera alarmante en los últimos años y se hallaban a dos dedos del momento que, en los naufragios del mar como en los de la hacienda, pone espanto en los corazones más valerosos: el momento de hundirse. De ahí que, como quien se agarra a una tabla de salvación, se asieran al contrato de alquiler ofrecido por la señora Falkner.

Entre las muchas cosas a que se obligaban los propietarios, figuraba la de entregar la casa completamente lista, con muebles y servidumbre. Pero como si la fatalidad, que perseguía a los Dangerfield de algún tiempo a aquella par-

te, quisiera ensañarse en ellos de nuevo, cuando ya estaba todo convenido y se aguardaba la llegada de la señora Falkner de un momento a otro, de los tres sirvientes contratados por miss Dangerfield, sólo uno se presenta: la camarera.

A grandes males, grandes remedios. En tan grave aprieto, miss Dangerfield toma una resolución heroica: desempeñará los oficios de cocinera y hará que mister Dangerfield, su hermano, apague con los de mayordomo. Con esto se conseguirá que su anciano padre pueda trasladarse a Europa a someterse al régimen curativo que ha de devolverle la salud y, además, habrá manera de pagar los intereses de la hipoteca que pesa sobre la finca.

Arreglado todo en esta forma, hace su aparición la señora Falkner, a la cual acompañan, además de su carácter, que más que agrio debe llamarse infernal, su hija, el pretendiente de su hija y un detective a quien la viuda considera émulo de Sherlock Holmes.

Apenas instalados los inquilinos, em-

piezan a presentarse innumerables dificultades. La única sirvienta auténtica, la camarera, es una mujer que en vez de llamarse Mayme, debiera responder al nombre de Magdalena, Angustias o Dolores, o cualquiera otro que justificara su irresistible propensión a las lágrimas.

Mayme llora si le dicen que faltó un tenedor de la mesa; rompe a llorar porque la cama de la señora Falkner no quedó bien mullida; solloza cuando le piden el desayuno; queda anegada en llanto cada vez que una travesura o malcrianza de la hijita que llevó consigo provoca el disgusto de su nada paciente señora. Y, para colmo de desgracias, a los desaguisados del diablillo de carne y hueso se suman los estragos de Cupido, que parece dispuesto a no dejar titere con cabeza, alma en su almarío, ni corazón en su sitio, en los dominios actuales de la señora Falkner. La hija se le ha enamorado del mayordomo, el pretendiente de la hija anda medio loco, o loco y medio por la cocinera... y... lo que es verdaderamente inverosímil, espantoso, absurdo: ¡el de-



de brindarle más sosiego que este apartado rincón de Virginia, convertido para ella en casa de «tócame Roque», la indignada y cejijunta señora Falkner decide apelar al único recurso que le queda: batirse en retirada. Pero, último dolor, última humillación: cuando da la orden de marcha, nadie le obedece.

Miss Falkner y su pretendiente porque han determinado unir sus respectivas suertes a las del mayordomo y la cocinera, a quienes el amor, imperativo y todopoderoso, ha dicho en sendos mandatos: «¡Deje el frac de mayordomo!» y «¡Salga de la cocina!»; y el detective, lo único que anhela es dedicarse a la vida del campo en unión de Mayme...

Ante la fuerza del destino, la señora Falkner lía los bártulos y hace mutis por la estación del ferrocarril, mientras Cupido continúa haciendo de las suyas en la casa solariega de los Dangerfield, donde asoman, no una, sino varias lunas de miel.

detective da evidentes muestras de enternecimiento amoroso cada vez que ve lagrimear a la camarera!

Cual un Cicerón que dice: «Hasta cuando Catilina...», o un Julio César, que viendo avanzar, armado del homicida acero, al romano a quien amó como a hijo, se envuelve la cabeza en la toga, y exclama: «Tú también, Bruto...», la acosada señora Falkner, en el abismo en que se ve sumida, murmura frases que, aunque dichas en lengua moderna, tienen toda la majestad de los latinajos clásicos que ha recogido la historia. Su única aliada, su único consuelo es, ¿quién lo creyera?, la chiquilla de Mayme, la cual se ha convertido en espía «pane lucrando» y la mantiene al corriente de cuanto se dicen miss Falkner y el mayordomo en los pasillos, el pretendiente de miss Falkner y la cocinera junto a la hornilla, y hasta el detective y la mamá de la soplona en cualquier parte.

Al cabo, segura de que Nueva York, con todo y su estruendoso bullicio, ha



OPINAMOS QUE...

DRÁCULA, película de la «Universal», interpretada por Lupita Tovar, Carlos Villarias y Pablo Álvarez Rubio.

Decididamente, la «Universal» se ha propuesto meternos el miedo en el cuerpo, y, por las trazas que lleva, sospechamos que no cesará en el empeño hasta conseguirlo plenamente. Primero fué con «La voluntad del muerto» — obra sobre las misteriosas maquinaciones de un fantasma de carne y hueso —, y ahora, con «Drácula», que presenta las espeluznantes aventuras de un vampiro en busca de sangre humana para vivir.

Pero la «Universal» no ha tenido sin duda en cuenta, al hacer estas películas, el factor esencial, de orden psicológico, que da valor efectivo a la sensación de miedo. Cuando, por ejemplo, ignoramos la causa que produce lo anormal y misterioso, nosotros — hombres despreocupados y desaprensivos — nos dejamos fácilmente impresionar por lo extraordinario y, como chiquillos, con el miedo en el cuerpo, nos convertimos en un simple juguete del fantasma. Por el contrario, cuando sabemos ya de dónde procede el efecto misterioso que pretende impresionarnos, entonces, nosotros — hombres fáciles de engañar por lo ingenuos — desechamos al punto la impresión de miedo o terror y convertimos el fantasma en simple juguete de chiquillos.

Y esto último es lo que hoy acaba de ocurrirnos. Ni, meses atrás, nos impresionó «La voluntad del muerto», porque ya conocíamos el intrínsculo del misterio. desde que vimos «El legado tenebroso»; ni «Drácula» nos ha infundido terror alguno porque también sabíamos poco más o menos el desarrollo de todo ello desde que vimos «Nosferatu».

Podemos asegurar que el ánimo sobrecogido de terror no nos lo sentimos en ningún momento. Lo espeluznante de la leyenda vampíresca no llegó a ponernos la carne de gallina. Ni a nosotros ni a nuestro vecino de butaca, que, de cuando en cuando, se tomaba la cosa a chunga, como todos solemos tomárnosla cuando vemos que los malos cómicos quieren emocionarnos representando aquellos famosos dramas en que muere hasta el apuntador.

AL COMPÁS DE 3/4, película interpretada por Walter Janssen, Irene Eisinger y Gretl Theimer.

En el esplendoroso resurgimiento universal del cine de nuestros días, es preciso poner de relieve el estreno de esta deliciosa película, que aporta al tesoro artístico del séptimo arte el valioso elemento de la técnica austriaca. Técnica afín, por muchos conceptos, a la de sus amigos los alemanes.

La ambientación y la estructura de la cinta están visiblemente inspiradas en esa delicada frivolidad de la ópera vienesa. Ritmo embelesador, comicidad de buena ley, delicadeza en el

empaque, amor comprensivo y juguetón, sobriedad artística en todo momento..., todo girando alrededor de un vals vienés de seductora melodía.

Tal vez habríamos de advertir que, a ratos, se prolonga demasiado el diálogo o la escena cantada, sobre todo para nosotros que, no pudiendo entender el idioma original de la cinta, hemos de andar a remolque de la traducción que se nos da en los breves rótulos añadidos al pie de la pantalla iluminada.

Por lo demás, es «Al compás de 3/4» — repetimos — una deliciosa película, de acierto insuperable en dirección e interpretación.

LILIOM, película de la «Fox», interpretada por Charles Farrell y Rosa Hobart.

Tras el revuelo promovido por este film de vanguardia de la «Fox», hemos ido al cine deseosos de ver algo que, bien o mal logrado, se salía al menos de la uniforme e incolora producción cinematográfica de Norteamérica.

«Liliom», obra de rara psicología en el marco escénico según el original de Molnar, había de resultar necesariamente de pareja rareza al verse sobre la pantalla según la interpretación de Borzage. Y, en efecto, así «empezó» a presentárenos «Liliom» como una plasmación sintética de la moderna escuela literaria — y aun de todas las artes en general — que estudia principalmente las almas por sus manifestaciones de vida, sencillas y complejas a la vez. Es el clarooscuro que con tanto acierto nos da casi siempre la cámara cinematográfica de los buenos directores.

Pero sólo hemos dicho que «empezó» a presentárenos así, y es la pura verdad, porque no podemos decir en conciencia que también «terminó». No porque la cinta no responda a un desarrollo armónico de conjunto, sino porque no nos dieron, en el cine, el final de la película. Esto es: nos lo escamotearon graciosamente dando un tijeretazo en el celuloide precisamente cuando empieza lo más interesante y discutido de la obra de Molnar, el dramaturgo, y de Borzage, el cineasta. Nos estafaron — digámoslo así — el viaje que hace Liliom en el tren de la Eternidad y del Infinito. Y nada menos que es un viaje de ida y vuelta...

Por lo visto, al público no le cayó en gracia la fantasía del viaje ultraterreno, con ángeles y demonios vestidos militarmente, y bienaventurados habitantes del cielo vestidos a la europea, con frac y cuello de pajarita. La empresa notó sin duda que esto no satisfacía al público en general y, con el caritativo propósito de no aburrirle, cortó por lo sano las inquietudes superrealistas de la película y la dió por terminada en cuanto muere — para la vida terrenal — el bueno de Liliom.

La medida pregon a voces el propósito de dar gusto a todo trance al público, sin privarle por eso de gozar de las bellezas incommensurables de un film de vanguardia, superrealista. No está mal el caso, con vistas a la taquilla. Sólo que nosotros, en el lugar de la empresa, además de suprimir lo del viaje, hubiésemos hecho por manera que el protagonista no muriese. Que el médico, por ejemplo, le hubiese salvado milagrosamente la vida, o que ella, la esposa de Liliom, le hubiese quitado el cuchillo en el momento supremo, terrible, angustioso, en que él va a hundirse suicidamente en el pecho. Es más: nosotros incluso hubiésemos procurado que los dos viviesen desde entonces felices, con un bebé rollizo y juguetón que también quisiera ser, como su papá, «castigador» de carrousel.

Todo esto no tendría seguramente nada que ver con la índole de la película. Tal vez. Pero sería al menos muy del agrado del público, al cual no le gustan nunca las cosas que acaban mal. Y «Liliom» — ¡oh rigor de las desdichas! —, aun con el corte que le han hecho, acaba mal...

L. C. R.

HISTORIA
NATURAL DE LA CREACIÓN
(Magnífica obra en cuatro partes)

TESORO DE ARTE UNIVERSAL
(Suntuoso portfolio artístico)

LA HISTORIA DE ROMA
por F. Lamé Fleury

ESTAS TRES OBRAS LAS REPARTE EN FOLLE-
TIN ENCUADERNABLE EL SEMANARIO

A L G O

En todos los quioscos: 50 céntimos.



¡Tantas veo!...

Comedia musical en colores
de la que son protagonistas
Franck Fay y Raquel Torres



EL SELECCIONADO

¿MI PRIMER AMOR?

(Continuación de la página 9)

ludé muy risueña junto a la puerta, donde me había situado para verle pasar, él, muy serio, se limitó a hacer un movimiento de cabeza. Durante la clase no me dirigió una sola mirada y desde entonces evitó sus encuentros conmigo a la salida. Después me enteré de que mis compañeras le habían advertido de lo que ellas adivinaron, pero entonces no sabía a qué atribuir aquella actitud y comenzó para mí un verdadero calvario. Adelgacé varios kilos en pocas semanas. Perdí el apetito y apenas dormía.

La bomba final fué que se enteraron mis padres y excusó decir a ustedes cómo se pusieron. Aquel mismo día me enviaron al campo, a casa de unos parientes, y allí, lejos del hombre que había constituido para mí una obsesión, me rehusé en pocas semanas y olvidé a mi profesor de Historia.

Ahora bendigo al cielo por haberme inculcado aquel olvido, pues me horroriza pensar en los años que tendría ahora mi marido si me hubiera casado con un hombre que entonces frisaba ya en los cuarenta.

¡JOVENES! ¡JOVENES!

que tenéis muchos granos en la cara (Acné juvenil), podéis eliminarlos obteniendo un cutis limpio y agradable usando

OXILON

VENTA EN TODA BUENA PERFUMERÍA Y FARMACIA

Para instrucciones escribid a
PRODUCTOS CUTISAN
Muntaner, 10. - Barcelona

LAS COLECCIONES DE POSTALES



LAS ESTRELLAS DEL CINE

le proporcionan a Vd. la oportunidad de poder poseer, en forma artística, elegante y a precio verdaderamente económico, una **COLECCIÓN COMPLETA** de todos los Artistas Cinematográficos notables, constituyendo una **VALIOSA Y ÚNICA** colección que siempre le será grato admirar.

Colección de 8 postales y suplemento con las biografías **Treinta céntimos**. Hemos publicado 25 colecciones o sea 200 fotografías y biografías de los más populares Artistas del Cine.

REGALO EXCEPCIONAL

Enviando Ptas. 7'50 le remitiremos franco de portes y embalaje las 25 colecciones publicadas o sea 200 tarjetas postales con las biografías correspondientes y **UN MAGNÍFICO ÁLBUM** para coleccionarlas.

Envíe el importe de Ptas. 7'50 por giro postal o sellos de correo a **Editorial Gráfica** - Rambla de Cataluña, 66 - Barcelona



UN CUTIS DE PORCELANA

terso, fino, transparente, será la envidia de sus amigas; lo obtendrá **EN EL ACTO** de aplicarse un poco de **ESMALTE MILLAT**

Pídalo en las perfumerías; lo hallará en tres calidades:

ESMALTE NORTEAMERICANO

Embelace instantáneamente, frasco 8 ptas.

ESMALTINA MILLAT

Combinación de esmalte y crema, frasco 10 ptas.

ESMALTE NILO-MILLAT. Producto de gran belleza, frasco grande para 3 meses, 12 ptas.

Enviando su importe en sellos a **Especialidades MILLAT**. Apartado núm. 541, Barcelona, lo recibirá certificado.

DIRECCIONES DE ESTRELLAS

Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Culver City, Calif.

Renee Adoree
Nils Asther
Lionel Barrymore
Wallace Beery
Jack Benny
Charles Bickford
Edwina Booth
John Mack Brown
Lon Chaney
Joan Crawford
Karl Dane
Marion Davies
Mary Doran

Buster Keaton
Charles King
Carlotta King
Gwen Lee
Bessie Love
Nina Mae McKinney
John Miljan
Robert Montgomery
Polly Moran
Conrad Nagel
Ramón Novarro
Edward Nugent
Elliott Nugent

Duncan Sisters
Josephine Dunn
Cliff Edwards
Greta Garbo
John Gilbert
Lawrence Gray
Raymond Hackett
William Haines
Marion Harris
Leila Hyams
Kay Johnson
Dorothy Jordan

Pathe Studios, Culver City, Calif.

Robert Armstrong
Constance Bennett
William Boyd
Ina Claire

Catherine Dale Owen
Anita Page
Basil Rathbone
Duncan Renaldo
Dorothy Sebastian
Norma Shearer
Sally Starr
Lewis Stone
Lawrence Tibbett
Ernest Torrence
Raquel Torres
Roland Young

Alan Hale
Ann Harding
Carol Lombard
Eddie Quillan

Samuel Goldwyn, 7210 Santa Monica Blvd. Hollywood, Calif.

Vilma Banky
Walter Byron

Ronald Colman
Lily Damita

Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, Calif.

Buzz Barton
Sally Blane
Olive Borden
Betty Compson

Frankie Darro
Richard Dix
Bob Steele
Tom Tyler

Bebe Daniels

Hal Roach Studios, Culver City, Calif.

Charley Chase
Oliver Hardy
Harry Langdon

Stan Laurel
Our Gang
Thelma Todd

Talleres Gráficos de la S. G. de P., S. A., Diputación, 211, Barcelona

Ayuntamiento de Madrid

taba preso en una red que no podía romper ni cortar. También se daba cuenta, suponiendo que Nazlo hubiese dicho la verdad acerca de Isabel y de la joven, de que estaba atado por completo. Como, con objeto de libertar a Isabel, había exhibido a Julieta Divina ante todo el mundo, la ley no le permitiría pedir el divorcio en el caso de que su mujer hubiese renunciado a su propósito. Incluso el quebrantamiento de su promesa a la señora Parmalee no le serviría de auxilio alguno, de acuerdo con lo que le decía Eustaquio Nazlo. La joven a quien amaba no podría ser nunca su esposa, y la respetaba demasiado para convertirla en su amante, aun cuando ella consintiese en eso.

— Tiene usted el derecho de ir a Bousaada — confesó, — pero yo también le de llegar allí antes que usted, si me es posible.

— ¡Cómo! — exclamó Nazlo. — ¿Va usted a retroceder? ¿Desiste usted de ir a Argel para ver a su esposa? — Ya la verá más tarde, si aun continúa en Argel. En cambio, si puedo evitarlo, no encontrará usted sola a la mujer a quien amo.

Mientras hablaba, giró sobre sus tacones y con la mayor rapidez se encaminó hacia su automóvil. Hacía ya algunos minutos que su *chauffeur* terminó el trabajo y a la sazón estaba hablando con su compañero, junto al coche rojo.

— Siendo así daremos una carrera hasta Bousaada y ya veremos quién gana.

Las ventajitas estaban de su parte, porque entonces se hallaba a unos doce metros de distancia de su coche y Sheridan tal vez a cincuenta del suyo. Además, el automóvil de Nazlo se hallaba ya en la dirección de Bousaada y el de Sheridan mirando hacia Argel, y el camino no era lo bastante ancho para que un automóvil grande pudiese dar la vuelta con facilidad. El *chauffeur* de Nazlo estaba junto a

su coche y aun no había parado el motor; en cambio, era preciso poner en marcha y cambiar de dirección el de Sheridan, eso sin contar con que éste había de tardar algunos segundos en llegar junto a él.

Nazlo gritó a su *chauffeur*: «*Partons vite*», y el conductor del automóvil rojo ocupó su asiento. Un instante después Nazlo se situó a su lado y el pequeño automóvil emprendió la marcha a toda velocidad. Como en el desierto no había ningún reglamento de circulación y los coches podían correr cuanto les permitieran las condiciones del camino o los posibles encuentros con una fila de camellos cargados, el coche de Nazlo se perdió muy pronto de vista.

Mientras tanto, el *chauffeur* puso en marcha el coche de Sheridan, en lo cual invirtió algunos segundos, pues la primera tentativa no tuvo éxito, y después de una larga maniobra consiguió cambiarlo de dirección, por lo que, al emprender la marcha, el automóvil rojo llevaba ya una ventaja de media milla.

Miles no pensaba siquiera en que la demora en ver a su mujer pudiese tener consecuencias desagradables. Su situación no podía ser ya peor, de manera que lo único que le interesaba era volver cuanto antes al lado de la joven, para contarle la historia desde su punto de vista, antes de que Nazlo lo hiciese refiriéndosela desde el suyo. Deseaba saber la razón de que Julieta Divina la hubiese mandado a hacer aquel viaje con él, y también por qué ella dió su consentimiento a tal substitución. Y, sobre todo, le interesaba solicitar su perdón, aunque no se lo pidiese con palabras. Si entonces no hubiese regresado a Bousaada, dirigiéndose, en cambio, a Argel, el futuro habría sido muy diferente para él, para Teresa Desmond y también para otros. Pero en estas cosas gobierna el Destino y no la Casualidad.

CAPÍTULO XXXVI



SEÑOR Sheridan — dijo el griego, que tenía la costumbre molesta de repetir el nombre de su interlocutor: — sepa que no le he seguido. ¿Para qué? Tan sólo le conozco a usted de nombre, aunque he tenido el placer de conocer a su esposa. A quien he seguido, en realidad, es a la joven que va con usted, y ahora mismo voy a su encuentro. Se lo digo con la mayor franqueza. Pero no lo hago aprovechándome de que en este momento carezca de protección, sino que voy a su lado precisamente para ofrecerle la mía, es decir, la protección digna y decente de un marido, que usted no puede darle. Y su nombre, como ya sabe muy bien, no es Julieta Divina.

Cada una de estas frases resonaba en los oídos de Sheridan con la mayor violencia. Aquella situación extraordinaria le producía intensa excitación y al mismo tiempo violenta ira. — ¡Es usted un bandido! — exclamó.

Nazlo sonrió y replicó:

— Este es, precisamente, el calificativo que yo le habría dado a usted si fuese un hombre incapaz de contenerme, pero me domino muy bien, señor Sheridan. En este drama el traidor es usted y no yo. Se ha llevado usted a una muchacha menor de edad, sacándola de un convento, y después de meterla en su yate la ha traído a Europa y a África, por consiguiente...

— ¿Qué demonio está usted diciendo? — exclamó Sheridan figurándose que Nazlo había perdido el juicio, aunque las palabras «el convento» le impresionaron, porque recordó que Julieta hablaba de él a cada paso.

— Todo este asunto..., es decir, el de usted y no el mío, es una cosa endiablada — replicó Nazlo. — De tal manera, que no tengo la certeza

de que no puedan prenderle a usted por raptó de menores. — ¿Está usted loco? — exclamó Miles.

— Nada de eso. Y tampoco soy un hombre malo — replicó Nazlo con su acostumbrada frialdad y sin cambiar de color, aunque Sheridan estaba pálido, con la palidez rara de un hombre que tiene el cutis muy curtido —. Deseo casarme con la señorita Desmond, que ha estado viajando con usted bajo el nombre de Julieta Divina.

Nazlo tenía algunas ventajitas sobre Sheridan, que se quedó anonadado. Ya no tenía deseo de pelear contra aquel hombre, pues existía allí un misterio que era preciso aclarar a toda costa.

— La señorita que ha viajado a bordo de mi yate es la señorita Divina — dijo —, y voy a casarme con ella.

Nazlo se echó a reír de un modo muy desagradable.

— En obsequio a usted no tengo inconveniente en creer que desea casarse, mas no lo haría si no estuviese ya persuadido de que esa muchacha es algo muy distinto de Julieta Divina; y no puede usted casarse con ella, por la sencilla razón de que su esposa ya no quiere divorciarse de usted. He visto a la señora Sheridan en Argel y sé muy bien lo que digo. Está usted atado y yo, en cambio, soy libre y...

— Si mi mujer no quiere divorciarse, existen otros medios.

Estas palabras eran bastante significativas.

— No debe usted temer — replicó Nazlo — hablarme claramente. Conozco toda la historia de este viaje, por lo menos en lo que se relaciona con usted y con su esposa. En apariencia, usted huyó con una compañera en su yate para dar a la señora Sheridan un pretexto que le permiti-

tiese el divorcio. Eso habría sido una conducta muy noble si su compañera hubiese sido Julieta Divina o una mujer de su clase, pero eso de raptar a una jovencita como esa, es horrible, y no comprendo cómo soy capaz de hablar con tranquilidad de este asunto. Lo único agradable para mí, en este caso, es que usted se ha comprometido más de la cuenta. El *livreo* de su esposa, pues ella me ha dicho que no hubo nada más y usted no puede probar cosa alguna, resulta un grano de arena al lado de la enorme montaña que constituye su propia falta. Por consiguiente, si ella no quiere divorciarse, y estoy persuadido de que no lo hará, usted no podrá alcanzar la libertad.

—No comprendo cómo no lo he matado ya — replicó Miles con súbita frialdad.

—Sería bastante difícil teniendo en cuenta que hay dos testigos muy cerca.

—Pues tengo la certeza de que con gusto me resignaría a sentarme en el sillón eléctrico — dijo Sheridan.

—Debo avisarle que llevo en el bolsillo una pistola de siete tiros — replicó Nazlo con la mayor apacibilidad. — Pero lo mejor será que no hagamos tonterías, porque ya no somos colegas. Le repito que yo puedo casarme con la señorita Desmond, si ella me quiere, y estoy persuadido de que consentirá cuando sepa que usted y ella se hallan ante un obstáculo infranqueable y que no podrá nunca obtener su mano. Usted no haría otra cosa que arruinarla y deshonrarla, y yo, en cambio, puedo salvarla.

—¿Por qué insiste usted en llamarla señorita Desmond, como ya hizo en Monte-Carlo? — preguntó Sheridan algo más calmado, mientras creía recordar aquel apellido al buscar en su memoria.

—La llamo así porque es su nombre, según a usted le consta muy bien. — Lo ignoro. ¿Se figura usted que porque me diga eso...?

—Lo que me figura es que falta usted a la verdad, señor Sheridan. Es probable que yo hiciese lo mismo

en su lugar suponiendo que hubiese cometido semejante torpeza. No es posible que haya usted seguido engañado con respecto a esa niña, aun en el caso de que esa Julieta Divina se la presentase como si fuera ella misma. Es indudable que en cuanto la vió usted no tardó en notar...

—Jamás vi a la señorita Divina hasta que llegó a bordo de mi yate. — La señorita Divina no ha puesto en él nunca los pies. Le aseguro que conozco a esta jovencita que, hace muy pocos meses, estaba todavía en el convento. La conocí en casa de su padre. Tiene diez años menos que Julieta Divina y es tan inocente como un recién nacido o, por lo menos, lo era cuando se apoderó usted de ella. Tengo la certeza de que no hay necesidad de darle más detalles acerca de este punto.

—¡Dios mío! — murmuró Sheridan. Aunque su interlocutor pudiera ser un bandido, en su voz había infundible acento de sinceridad. Entonces Miles se fijó en numerosos detalles. El aspecto de virginal juventud de la joven, que tanto le llamó la atención al principio; todas sus dulces maneras infantiles; su frecuente alusión a las monjas del convento; sus palabras acerca de la religión, durante la tempestad; el horror que sintió al verse insultada por el beso que él le dió; la extrañeza de Harkness y la defensa que hizo de la niña después de haber comprobado que no merecía su antipatía; y la creencia de la anciana de que la pobrecilla no tenía un solo centavo, a pesar de su indignada negativa a recibir los diez mil dólares.

—¿Estuvo ciego? Pero ¿cómo podía haber adivinado? ¿Sería ciego? No se debería todo ello a una tentativa de *chantage* por parte de Nazlo? ¿Cómo era posible que una muchacha joven e inocente, llamada Desmond, hubiese consentido en viajar sola con él, substituyendo a Julieta Divina? Desmond... Desmond... ¿No había oído alguna vez ese nombre?

Sheridan se hizo estas preguntas y no tardó en convencerse, en su interior, de que la joven a quien amaba

no era Julieta Divina. Entonces se avergonzó de cuanto pensara con respecto a ella y de la conducta que siguió en sus relaciones con la joven. Y el hecho de que estuviera dispuesto a casarse no constituía ninguna compensación, porque si se resolvió a ello, lo hizo como concediéndole un gran favor, del mismo modo como un caballero andante pudiese ofrecer su mano a una mendiga, admirando al mismo tiempo, su caballería.

¿Cómo se explicaba que ella le hubiese otorgado su perdón y su amor? Él debía haber adivinado la verdad. Era horrible que esta le fuese revelada por Nazlo, que se la comunicó del mismo modo como si hubiese arrojado un hueso a un perro. Entonces su alma atravesó el dorado silencio del desierto y fué a postrarse a los pies de la joven.

—Supongo que confesará usted que ya estaba enterado de eso — dijo Instataquo Nazlo distrayéndole de sus pensamientos.

Miles le miró con tanta angustia, que la verdad se hizo patente a los ojos del griego, del mismo modo como otra verdad sorprendió a Sheridan un momento antes. Entonces el Rey del Calzado comprendió que su interlocutor había ignorado la identidad de la joven hasta aquel momento. Nazlo se dijo que Sheridan era un tonto, y eso para él resultaba mucho peor que ser un bruto. Sin embargo, el griego que, al fin y al cabo, era hombre, se sorprendió a sí mismo al sentir cierta lástima desdichosa por Miles.

—Confieso — tartamudeó éste — que estuve ciego cuando no vi todo esto. Lo creo, Nazlo. Aunque preferiría haber oído esta verdad de otros labios que de los suyos. Por otra parte, no está su conciencia tan limpia para acusarme. Ella, la señorita Desmond, puesto que usted asegura que así se llamó, se sobresaltó al verle en Monte-Carlo. Seguro estoy de que lo notó. Yo le hice una o dos preguntas, y aunque apenas quiso contestarlas, me dijo lo bastante. Parece ser que usted no trató con mucho respeto a la inocente colegiala, y yo, en cam-

bio, a pesar de ignorar quién era, cosa que a usted no le ocurría, la he respetado en todas ocasiones. Debo añadir que una de las condiciones del contrato fué que no me acercaría nunca a la señorita Divina, más que en público.

A pesar de eso se acercó usted lo bastante para pedir su mano, porque supongo que no lo haría en público.

—Se presentaron circunstancias inesperadas.

—Las circunstancias se presentan siempre así. Lo mismo me ocurrió a mí. La señorita Desmond no me dió tiempo de hacerle la misma pregunta que usted le dirigió. Se equivocó con respecto a mis intenciones, pues de lo contrario no le habría dicho a usted que la traté con poco respeto.

—Tengo entendido que está usted casado.

—Lo estaba, porque mi mujer ha muerto — contestó Nazlo sin dar detalle alguno acerca de la fecha de este fallecimiento. — Estoy viudo por completo — continuó. — A usted no le ocurre lo propio y no tendrá libertad mientras viva su mujer, quien, probablemente, no se movió antes que usted. Y ahora ya sabe por qué he seguido a la señorita Desmond, y conoce, también, la razón de que me proponga llegar a donde está.

—¡No irá usted! — gritó Miles. — ¿Por qué no? — preguntó Nazlo riéndose.

—Ella no querrá verle.

—Ya veremos lo que contesta cuando yo haya llegado y después de que le haya hecho entregar unas líneas explicativas. En cuanto se de cuenta de la situación, creo que me considerará una excelente oportunidad para rehabilitarse. Usted, en cambio, no tiene ningún derecho para decidir en su nombre, ni para privarla de la oportunidad que no puede ofrecerle.

Es muy extraña la rapidez con que pueden presentarse a un cerebro humano una multitud de ideas en el espacio de muy cortos instantes.

Miles tuvo que reconocer que es-

ALBUM DE
FILMS SELECTOS



BOBBY WATSON

Ayuntamiento de Madrid

ALBUM DE
FILM SELECTO



ALBERTA VAUGHN

Ayuntamiento de Madrid